

LOS ARDIDES DE LOS DIOSES: FUNCIONALIDAD Y TRASCENDENCIA DEL ENGAÑO DE ATENEA EN EL CANTO XXII DE *ILÍADA*

BREE, SELENE DAIANA

Universidad Nacional de La Plata

(Argentina)

Resumen

Diferentes a los hombres principalmente en la posesión de la inmortalidad y la juventud eterna, los dioses se nos presentan como participantes en un poema que cuenta las hazañas de héroes esforzados en su búsqueda de la gloria eterna. Observan desde lo alto, debaten entre sí, hacen entrar en razón, salvan a sus favoritos, se ocultan de los ojos mortales, infunden valor, causan terror, disparan flechas y detienen lanzas, toman diversas formas, sienten piedad y son persuadidos. Son protagonistas de escenas que autores posteriores propusieron censurar en pos de la educación de los jóvenes de la *pólis*.

En el presente trabajo analizaremos el engaño que efectúa Atenea contra el troyano Héctor en el Canto XXII de *Iliada*, con el fin de reflexionar acerca de las funciones que las intervenciones de los dioses cumplen en el poema y la importancia que adquieren en el desarrollo de la trama que conocemos, más específicamente en el devenir del hijo de Príamo en héroe.

No necesitamos adentrarnos demasiado en *Ilíada*, apenas unos pocos versos, para saber que los dioses tendrán participación en el poema. Pues desde el comienzo del primer canto sabemos que “se hacía realidad la voluntad de Zeus”¹ (Διὸς δ’ ἔτελείετο βουλή, v. 5), e inmediatamente después el poeta nos pone en conocimiento de la peste que Apolo dejaba caer sobre el ejército de los aqueos por la deshonra que Agamenón había efectuado contra el sacerdote Crises. Para ponerlo en palabras de Romilly (1997: 41), “los dioses y los hombres están muy cerca”. Los dioses observan desde el Olimpo el desarrollo de la batalla y en especial a aquellos mortales que se encuentran tomando parte en el conflicto, siguen a sus favoritos y a los que no lo son tanto, e intervienen para brindar ayuda o para perjudicar. Se muestran capaces de sentir piedad, amor, odio, rencor, y demás emociones que, desde el punto de vista de la audiencia, los mantienen cerca de los sentimientos humanos. La influencia de estos seres inmortales es prácticamente ilimitada, y nos permitimos esa parcialidad porque aparecen en el poema algunos pequeños momentos donde los dioses se someten a un poder superior al suyo. Podemos ver un ejemplo en el Canto XXII cuando Zeus pesa en la balanza las suertes de Aquiles y Héctor, y queda determinado que el troyano será quien pierda la vida ese día, a pesar de que el Cronida deja en claro que preferiría seguir salvándolo.²

De este modo, a lo largo de la epopeya, vemos diversas maneras que utilizan los dioses para intervenir en el desarrollo de los acontecimientos de la contienda: infunden valor o terror, incentivan rencores, hablan directamente con un guerrero o lo salvan ocultándolo en una nube, discuten entre sí, pelean y se

¹ En todos los casos la traducción del texto griego es nuestra.

² Homero. *Ilíada* XXII, vv. 208-213.

hieren mutuamente, toman diferentes formas, persuaden y son persuadidos, se muestran víctimas de las mismas pasiones que someten a los mortales, envían flechas y detienen lanzas. Ahora bien, si podemos afirmar que *Ilíada* cuenta una historia de héroes, hombres singulares en busca de gloria inmortal, ¿qué razón de ser tienen aquellas escenas en las que esos héroes se ven sometidos por una fuerza superior que puede o no coincidir con sus propias voluntades? Platón nos diría que ninguna, que sería mejor eliminarlas todas, y el poema quedaría reducido al relato de la violencia en el campo de batalla. En el “Libro II” de su obra *Politeía* el autor nos relata un diálogo entre Sócrates y Adimanto acerca de la educación de los jóvenes, allí propone la eliminación de ciertas escenas y formas de representar a los dioses que pudieran ser perjudiciales para aquellos que no poseen aún discernimiento. Dice Sócrates:

οὗτος μὲν τοίνυν, ἦν δ' ἐγώ, εἷς ἂν εἴη τῶν περὶ θεοῦ νόμων τε καὶ τύπων, ἐν ᾧ δεήσει τοὺς τε λέγοντας λέγειν καὶ τοὺς ποιῶντας ποιεῖν, μὴ πάντων αἴτιον τὸν θεὸν ἀλλὰ τῶν ἀγαθῶν.

-Ésta ciertamente, entonces, decía yo, sería una de las leyes y las pautas acerca de los dioses, dentro de la cual será necesario decir lo que se diga y componer lo que se componga: que el dios no es autor de todas las cosas, sino de las buenas. (380c)

Adimanto lo aprueba y Sócrates continúa:

τί δὲ δὴ ὁ δεύτερος ὅδε; ἄρα γόητα τὸν θεὸν οἶει εἶναι καὶ οἶον ἐξ ἐπιβουλῆς φαντάζεσθαι ἄλλοτε ἐν ἄλλαις ἰδέαις τοτὲ μὲν αὐτὸν γιγνόμενον, καὶ ἀλλάττοντα τὸ αὐτοῦ εἶδος εἰς πολλὰς μορφάς, τοτὲ δὲ ἡμᾶς ἀπατῶντα καὶ ποιῶντα περὶ αὐτοῦ τοιαῦτα δοκεῖν, ἢ ἀπλοῦν τε εἶναι καὶ πάντων ἥκιστα τῆς ἑαυτοῦ ἰδέας ἐκβαίνειν;

-¿Y qué precisamente, esta, la segunda? ¿Acaso crees que el dios es un encantador y que, con premeditación, se muestra en diferentes momentos con

diferentes formas, unas veces al tornarse él mismo y al cambiar su propio aspecto hacia muchas formas, otras veces mientras nos engaña y nos hace creer tales cosas acerca de él, o crees que es simple y es, entre todos, el que menos se aparta de su propio aspecto? (380d)

Al personaje creado por Platón le resultan inaceptables, en primer lugar, aquellas escenas en las que se pone en evidencia la arbitrariedad de los dioses y sostiene que sólo deberían ser representados como responsables de cosas buenas. En segundo lugar, aquellas que describen a los dioses tomando formas diferentes a las que le son propias, y posteriormente agrega, aquellas en las que los dioses conducen a los hombres a equivocarse de palabra o de acto. Para nuestro análisis tomaremos una escena que reúne varios de estos puntos que Platón preferiría suprimir: el engaño que Atenea ejecuta contra Héctor en el Canto XXII. Allí, Homero nos cuenta que en una persecución similar a la de un sueño, en la que ni el primero alcanza ni el segundo logra escapar, Aquiles y Héctor dan tres vueltas alrededor de la ciudad de Príamo. En ese momento, Zeus pregunta a los demás dioses si sustraerán al troyano de la muerte una vez más o si ha llegado el momento de que perezca en manos del hijo de Tetis. Atenea se enoja rápidamente y el padre de los dioses le permite obrar de acuerdo con sus deseos, de modo que la diosa desciende del Olimpo, se para junto a Aquiles y a él se dirige:

‘νῦν δὴ νῶι **ἔολπα** Διὶ φίλε φαίδιμ’ Ἀχιλλεῦ
οἴσεσθαι μέγα κῦδος Ἀχαιοῖσι προτὶ νῆας
Ἐκτορα δηῶσαντε μάχης ἄατόν περ ἔόντα.
οὐ οἶ νῦν ἔτι γ’ ἔστι πεφυγμένον ἄμμε γενέσθαι,
οὐδ’ εἴ κεν μάλα πολλὰ πάθοι ἐκάεργος Ἀπόλλων
προπροκυλινδόμενος πατρὸς Διὸς αἰγιόχοιο.
ἀλλὰ σὺ μὲν νῦν στήθι καὶ ἄμπνυε, τόνδε δ’ ἐγὼ τοι
οἰχομένη **πεπιθήσω** ἐναντίβιον μαχέσασθαι.³

³ En todos los casos, la negrita es nuestra.

Ahora, ciertamente, brillante Aquiles, querido por Zeus, espero que nosotros llevemos gran gloria para los aqueos en dirección a las naves, después de que hayamos atravesado a Héctor, aunque sea insaciable en combate. Ahora ya no es posible que se nos escape, por mucho que sufra Apolo, que hiere a su voluntad, arrastrándose ante el padre Zeus, que lleva la égida. Por un lado, tú plántate y respira, y yo, por otro lado, yendo hacia éste, lo persuadiré de pelear vida contra vida. (vv. 216-223)

Resulta llamativo que la hija de Zeus utilice el verbo ἔλπω para expresar lo que quiere, como si fuera un simple deseo y no algo que efectivamente ocurrirá. Pero incluso llama más la atención el verbo πείθω que introduce en su discurso para describir lo que hará con Héctor, puesto que a continuación la vemos llevar a cabo una cruel artimaña que se aparta deliberadamente de un acto de persuasivo. A continuación, la diosa se aleja de Aquiles y antes de llegar hasta Héctor toma la forma y la voz de su hermano Deífobo. Después de detenerse cerca, lo interpela sobre la forma en que el Périda lo persigue y lo insta en plural: “Sin embargo ¡vamos!, ciertamente detengámonos y rechacémoslo permaneciendo firmes” (ἀλλ’ ἄγε δὴ στέωμεν καὶ ἀλεξώμεσθα μένοντες, v. 231). Vemos aquí la primera mentira de la diosa: no lo convence de pelear “vida contra vida” como le dijo a Aquiles, sino que le propone al troyano enfrentarlo juntos. Héctor, por su parte, se encuentra conmovido de que su hermano haya sido capaz de abandonar la seguridad de las murallas con el fin de acompañarlo en aquel momento. Atenea aprovecha esto para llevar su mentira un poco más allá, comenzando un relato profundamente verosímil sobre la manera en la que sus padres y hermanos le rogaban en vano que no saliese de las murallas mientras la pena invadía su corazón. Estas dilaciones por parte de la diosa se vuelven fundamentales en la construcción de la tensión dramática puesto que para nosotros aún es una incógnita el desenlace que tendrá tal artimaña mientras la misma se propone

retrasar el momento. Además, menciona la posibilidad de que Aquiles muera a manos de Héctor. Todo esto puede resultar muy cínico para los receptores del poema, puesto que sabemos que la diosa posee el conocimiento de que aquel día se cumpliría el destino del héroe troyano. En este punto podemos observar claramente por qué tal fragmento de la obra sería censurado de inmediato según la *Politeía* platónica. Posteriormente, Atenea parte delante para enfrentar juntos a Aquiles, pero es Héctor el primero en hablar:

‘οὐ σ’ ἔτι Πηλέος υἱὲ φοβήσομαι, ὡς τὸ πάρος περ
τρὶς περὶ ἄστῳ μέγα Πριάμου δῖον, οὐδέ ποτ’ ἔτλην
μῆναι ἐπερχόμενον: νῦν αὐτὲ με θυμὸς ἀνήκε
στήμεναι ἀντία σεῖο: ἔλοιμί κεν ἢ κεν ἀλοίην.
ἀλλ’ ἄγε δεῦρο θεοὺς ἐπιδώμεθα: τοὶ γὰρ ἄριστοι
μάρτυροι ἔσσονται καὶ ἐπίσκοποι ἀρμονιάων:
οὐ γὰρ ἐγὼ σ’ ἔκπαγλον ἀεικιῶ, αἶ κεν ἐμοὶ Ζεὺς
δῶη καμμονίην, σὴν δὲ ψυχὴν ἀφέλωμαι:
ἀλλ’ ἐπεὶ ἄρ κέ σε συλήσω κλυτὰ τεύχε’ Ἀχιλλεῦ
νεκρὸν Ἀχαιοῖσιν δώσω πάλιν: ὡς δὲ σὺ ῥέζειν.

Ya no huiré de ti, hijo de Peleo, como antes hui tres veces en torno a la gran ciudad de Príamo, sin atreverme alguna vez a resistir tu ataque. Ahora el ánimo me impulsa a pararme frente a ti, y te apresaré o seré apresado. Sin embargo, ¡vamos! escojamos a los dioses, pues ellos serán los mejores testigos y guardianes de nuestros acuerdos. Pues yo no te ultrajaré terriblemente si Zeus me concede la fortaleza y eventualmente tomara tu vida. Luego de que te despoje de las gloriosas armas, Aquiles, devolveré tu cadáver a los aqueos. Entonces así tú del mismo modo. (vv. 250-259)

Héctor aplica un matiz eventual a su discurso y se muestra muy cauteloso al mencionar la posibilidad de vencer. Intenta convencerse de la necesidad de luchar contra el Périda por segunda vez en el mismo canto. Sin embargo, mientras que anteriormente, en el conocido soliloquio de los versos 99 a 130, se encontraba preocupado por lo que dirían los troyanos y las troyanas de su imprudente

decisión militar, en esta ocasión lo aflige la posibilidad de que el rey de los mirmidones profane su cadáver, que es lo que en realidad ocurrirá. No obstante, y pese a la furiosa respuesta de Aquiles que le advierte que Atenea pronto lo doblegará por medio de su lanza, logra permanecer allí y no iniciar nuevamente la persecución.

Es Aquiles quien arroja la lanza en primer lugar, pero Héctor logra esquivarla agachándose. Vemos entonces que la intervención de Atenea no ha terminado, puesto que apenas la pica se clava en el suelo, la misma se encarga de devolverla a Aquiles sin que el troyano repare en ello. Las palabras que Héctor profiere a continuación dan cuenta de la ceguera que lo envuelve y no le permite descubrir a la diosa manejando los hilos de la situación. El hijo de Príamo festeja la falla de Aquiles y lo acusa de haber mentido para hacerlo perder su valor y su fuerza. Ahora es su turno de arrojar la lanza y la esperanza de vencer y aligerar la guerra para sus conciudadanos resurge. El hecho de que su tiro sea certero aumenta la fatalidad del momento. Héctor arroja la lanza y, en efecto, no erra. El arma impacta en el centro del escudo del Périda, pero es rechazada por el mismo, lo que ocasiona una gran molestia al troyano. A nuestros ojos resulta obvio que así sucediera puesto que aquel era el escudo fabricado por Hefesto especialmente para Aquiles. Además, a través de todo el canto vemos la manera en la que los símiles que el poeta introduce resaltan la superioridad del mirmidón. El hijo de la diosa es comparado con un halcón que persigue una tímida paloma,⁴ luego con un perro que hostiga a una cierva⁵ y en otras dos ocasiones con un astro a causa del brillo de su armadura.⁶ Desde nuestra perspectiva, la esperanza que Héctor conserva de no tener que morir aquel día es totalmente vana, pero él hasta este momento se

⁴ Homero. *Ilíada* XXII, vv. 139-143.

⁵ Homero. *Ilíada* XXII, vv. 189-192.

⁶ Homero. *Ilíada* XXII, vv. 26-32 y Homero. *Ilíada* XXII, vv. 17-19.

aferraba a ella. A continuación, se voltea para pedir otra lanza a su hermano y ese es el instante en el que comprende en su corazón:

ὦ πόποι ἦ μάλα δὴ με θεοὶ θάνατον δὲ κάλεσαν:

Δηϊφοβον γὰρ ἔγωγ' ἐφάμην ἦρωα παρῆναι:

ἀλλ' ὃ μὲν ἐν τείχει, ἐμὲ δ' ἔξαπάτησεν Ἀθήνη.

νῦν δὲ δὴ ἐγγύθι μοι θάνατος κακός, οὐδ' ἔτ' ἄνευθεν,

οὐδ' ἄλῃ: ἦ γὰρ ῥα πάλαι τό γε φίλτερον ἦεν

Ζηνί τε καὶ Διὸς υἱὶ ἐκηβόλῳ, οἳ με πάρος γε

πρόφρονες εἰρύατο: νῦν αὖτέ με μοῖρα κιχάνει.

μὴ μὰν ἀσπυδί γε καὶ ἀκλειῶς ἀπολοίμην,

ἀλλὰ μέγα ῥέξας τι καὶ ἐσσομένοισι πυθέσθαι.

¡Ay! Sin duda, ciertamente, me llaman los dioses hacia la muerte. Pues, yo por lo menos creía que Deífobo el héroe estaba a mi lado. Sin embargo, por un lado, él está en la muralla y, por el otro, Atenea me engañó. Ahora, hay cerca de mí una vil muerte, ni está lejos ni es evitable. Pues, ciertamente esto hace mucho tiempo era lo querido por Zeus y por el hijo de Zeus que hiere de lejos. Éstos antes me la retrasaron benevolentes. Ahora contrariamente la Moira me ha llevado. ¡Ojalá, en verdad, no sea destruido sin esfuerzo y sin gloria, sino luego de haber realizado algo grande para ser escuchado por los que vendrán! (vv. 297-305)

Acto seguido, desenvaina la espada y se lanza contra el hijo de Tetis. Podemos observar entonces que la comprensión del desamparo de los dioses nace a partir de la certeza de haber sido engañado por Atenea: “y Atenea me engañó” (ἐμὲ δ' ἔξαπάτησεν Ἀθήνη⁷, v. 299). Pero lejos de abandonarse a la desesperación y divagaciones que lo habían asaltado en las oportunidades anteriores, concibe un único camino: enfrentar su Moira con esfuerzo, realizando una hazaña capaz de hacerlo alcanzar el κλέος. En este punto, la intervención de la diosa no es simplemente una ayuda a su favorito Aquiles, quien como mencionamos con anterioridad es indudablemente superior al troyano y no la necesita, sino que ese

⁷ El verbo ἐξαπατάω aparece en el poema sólo una vez más en el verso 371 del Canto IX, cuando Aquiles lo utiliza para describir lo que hizo Agamenón al quitarle su botín.

cruel engaño resulta crucial para que Héctor alcance la dignidad de un héroe. Allí reside su diferencia con Aquiles, quien hace mucho tiempo ha aceptado su destino y ha decidido ir en busca de aquella muerte temprana que le proporcionará una fama inextinguible. Cuando finalmente se descubre engañado, Héctor se despoja de cualquier tipo de miedo y va en busca de la bella muerte que Príamo describía en el comienzo del canto. La figura del troyano, en oposición a lo que podría esperarse después de haber sido sometido por la diosa, se engrandece más que nunca con una escena que da fin al encadenamiento de muertes del poema. Como vemos, estamos frente a una intervención divina que tiene poco de azarosa, pues el poeta se sirve de ella con mucho rigor y cuidado.

En conclusión, remarcamos el valioso lugar que los ardides de los dioses ocupan en esta epopeya homérica. Citando a Romilly (1997: 51): “literariamente, los crueles engaños de los dioses consiguen realzar aún más su verdadera grandeza”, la grandeza de los hombres. En este en particular, la muerte de Héctor se dignifica en manos de la diosa, o mejor dicho, en manos del poeta que utiliza a la deidad como instrumento para resaltar el heroísmo del que sólo los mortales son capaces. La amargura del vil engaño y la desigualdad entre los oponentes tiene su contracara en la infinita dignidad que el troyano alcanza en sus últimos momentos, borrando cualquier vestigio de pesadumbre. Como verdadero héroe, alcanza la inmortalidad en el relato de sus hazañas, hecho que podemos constatar hasta la actualidad.

Bibliografía

Ediciones

Burnet, J. (1903). *Platonis Opera*. Oxford: Oxford University Press.

Munro, D. B. y Allen, T. W. (1920). *Homer. Homeri Opera in five volumes*. Oxford: Oxford University Press.

Bibliografía crítica

Easterling, P.E. y Knox, B.M.W. (1990). Homero. En P. E. Easterling y B. W. Knox (1990). *Historia de la literatura clásica I. Literatura griega* (pp. 56-108). Madrid: Gredos.

García Oliver, C. (2009). La risa de los dioses. *Gramma*, 46, 41-44.

Romilly, J. (1997). *Ilíada, una epopeya diferente*. En J. Romilly (1997). *¿Por qué Grecia?* (pp. 25-39). Madrid: Debate.

Segura Ramos, B. (2013). Los dioses de la *Ilíada* (I). *Habis*, 44, 15-30.

Segura Ramos, B. (2014). Los dioses de la *Ilíada* (II). *Habis*, 45, 29-44.